



## CANTO QUINTO

## EL EXTERMINIO

## I

A la entrada del campo y llano extenso,  
Por donde Guadalete se apresura  
A dar al mar vecino humilde censo,  
Entre adelfas, palmares y verdura;  
De huestes godas el concurso inmenso,  
Con las tinieblas de la noche oscura  
Se detuvo, sentando sus reales  
Sobre varias colinas desiguales.

## II

De esparcidas fogatas los reflejos  
Que en el opuesto lado relucian,  
Y de grande rumor confusos dejos  
Que el nocturno silencio interrumpian,  
De que no estaba el enemigo lejos  
A los caudillos godos advertian;  
Y á defender el campo cuidadosos  
Con valladar atienden y anchos fosos.

## III

Brilló la ansiada aurora en el oriente,  
Y el gótico poder y el mahometano  
Se encuentran acampados frente á frente,  
Teniendo en medio el espacioso llano.  
Ambos tocan al arma de repente,  
Y la vaga region del viento vano  
El són de trompas y añafles llena,  
Y hórrido tierra, y mar, y cielo atruena.

## IV

La muchedumbre gótica contiene,  
Si no asusta, á los árabes pendones:  
De estos la fama y el valor detiene,  
Y aún pasma á los hispanos escuadrones.  
Ni el uno ni otro campo al llano viene,  
Aunque uno y otro ordena sus legiones;  
Y largo tiempo en actitud guerrera,  
Cada cual verse acometido espera.

## V

Confusas voces alza el Sarraceno,  
Que cunden por las vegas y collados,  
Como retumba pavoroso trueno  
Entre los riscos de Pirene helados.  
Hondo silencio de presagios lleno  
Reina entre los hispánicos soldados,  
Cual anunciando horrisona tormenta,  
Calma pesada oscuro el aire ostenta.

## VI

Pero Tarif, que á la árabe grandeza,  
De Muza en nombre, rige y acaudilla;  
Ordenando sus haces con destreza,  
Y viendo el gran furor que en ellas brilla,  
Las exhorta, y exalta su braveza  
Empuñando la bárbara cuchilla;  
Y su tremenda voz sonó de suerte  
Que pareció trompeta de la muerte.

## VII

Añafles, bocinas, atabales  
La atmósfera purísima atronando,  
Y el grito de las furias infernales  
Arrojan á la lid al fiero bando.  
El monarca español en sus reales  
Venir las huestes áfricanas mirando,  
A ordenar la falange se apresura,  
Para bajar también á la llanura.

## VIII

La custodia del campo donde deja  
Su repuesto, sus tiendas, su tesoro  
Y á su hermosa Florinda, á quien aqueja  
Hondo pesar y despechado lloro,  
Encarga, en tanto que á lidiar se aleja,  
Y á contrastar al denodado moro,  
Al vil Vernulfo y al traidor don Opas,  
¡Oh ceguedad! con sus infames tropas.

## IX

Y desde el carro de marfil y acero  
De cortadoras hoces erizado,  
Que con són de borrasca, más ligero  
Que cierzo volador, recorre el prado;  
Con rico arnés de claro reverbero,  
Y de plumas y joyas adornado,  
Cual era entre los godos uso antiguo (7),  
A sus huestes también habló Rodrigo.

## X

Ya del acometer la seña dando,  
Las numerosas haces precipita  
Contra las tropas del contrario bando,  
Que vienen á la lid con alta grita.  
Nube de agudas flechas, que silbando  
Cruzan de entrambas partes, la luz quita  
Al sol, el viento gime, y la ancha tierra  
Se estremece al bramido de la guerra.

## XI

Cual de opuestas montañas se derrumban  
Dos hinchados torrentes espumosos,  
Y á los profundos valles, que retumban  
Con su estruendo, despéñanse furiosos;  
Y allí sus aguas, que bramando zumban,  
Revuelven, y confúndense hervorosos,  
Alzando blanca niebla; así corrieron,  
Y así entrambas naciones se embistieron.

## XII

Terrible fué el encuentro: parecia  
Que los montes riscosos y empinados,  
Llegado al universo el postrer día,  
Bajaban al abismo despeñados;  
Y oyóse tal estruendo, cual se oiria  
Cuando, al ver sus cimientos quebrantados,  
Atlántida infeliz huyó del mundo,  
Tragándola voraz el mar profundo.

## XIII

Nube densa de polvo al aire crece,  
Que cielo, tierra, mar borra y confunde:  
Cual relámpago el hierro resplandece,  
El rumor de la lid cual trueno cunde:  
¡Tal cuando Marte atroz los embravece,  
Y su fuego discordia les infunde,  
Y las insanas furias los acosan,  
Tormentas contrahacer los hombres osan!

## XIV

De las inmensas huestes de Rodrigo,  
Ya enardecidas en feroz combate,  
Aunque no son lo que en el tiempo antiguo,  
Y aunque sangre envenenada en ellas late,  
Ni el poder ni el furor del enemigo,  
El renacido y noble aliento abate:  
¡Tanto el llamarse godo y ser de España,  
Honra da en la ocasion, esfuerzo y saña!

## XV

De abisinios y negros etíopes  
Desbandadas escuadras, do campear  
Estaturas y esfuerzos de ciclopes,  
Cercar el flanco gótico desean;  
Y girando en carreras y galopes  
Casi lo desbaratan y rodean;  
Pero detienen su gallarda furia  
Los leves hijos del florido Turia,

## XVI

Que unidos á los diestros baleares,  
Cuyas hondas jamás el tiro erraron,  
Saliendo de unas quiebras y ramblares,  
Sobre ellos de improviso descargaron;  
Y con flechas y piedras á millares  
A los bárbaros rudos destrozaron,  
Que el Nilo en sus riberas ve feroces  
Insultar á la luz con necias voces.

## XVII

Cerrada y gruesa hueste de egipcianos,  
Con largas picas y luciente malla,  
Intenta penetrar de los cristianos  
El poderoso cuerpo de batalla;  
Mas su teson y esfuerzos serán vanos,  
Que el godo cual fortísima muralla,  
Restos de la romana disciplina,  
El choque á resistir se determina.

## XVIII

En el ala siniestra en tanto audaces  
Al gétulo y masilio caballero  
Del Bétis cargan las ecuestres haces,  
Cubiertas de armas de templado acero.  
Unos y otros resisten pertinaces;  
Crece la llama del combate fiero,  
Y pretal con pretal, lanza con lanza,  
Terrible es de ambas partes la matanza.

## XIX

El jóven Teudo con furor pelea,  
Y es su brazo ministro de la muerte:  
Un pezeño de Córdoba espolea  
Rugero, tan gallardo como fuerte.  
Aunque anciano Tadmira, audaz rodea  
La aguda espada con dichosa suerte,  
Y á Moraicel, asombro del levante,  
Destrózale la adarga y el turbante.

## XX

Malec asirio con Arnaldo cierra,  
Y con la cimitarra de Damasco  
(Que de temple mejor no entró en la guerra,  
Y que abriera un durísimo peñasco)  
Del alto potro lo derriba en tierra,  
La pelta hendida y abollado el casco;  
Mas con la tersa espada de Toledo  
Dió Ervigio noble fin á tal denuedo.

## XXI

Abencerraj, tremendo, en otra parte  
La maza esgrime de nudosa encina,  
Y á los furiosos golpes que reparte,  
Las góticas escuadras extermina.  
Ni detenerle consiguiera Marte;  
Pero Eurico, de fuerte coracina  
Vestido y de valor, á hallarle viene,  
Y con la pica su furor detiene.

## XXII

Por donde el carro de Rodrigo pasa,  
No hay resistir, y rápido parece  
Bramador huracan que el monte arrasa,  
O llama que entre pinos se embravece.  
Por otra parte, cuanto encuentra, abrasa  
De Tarif el alfanje, y resplandece,  
Como el rayo de Dios, cuando arruina  
Gigante torre ó colosal encina.

## XXIII

Lago horrendo de sangre es la llanura,  
De armas y de cadáveres henchido;  
Es todo Guadalete sangre oscura,  
Y de él se aleja el mar estremecido.  
Aún indecisa la batalla dura,  
Y en medio de los aires suspendido  
El Angel del Señor, pasmado ignora  
A quien lleva la palma triunfadora.

## XXIV

Igual á cada parte el sol fulgente  
Cinco veces miró la lid reñida,  
Hasta que al fin por la cristiana gente  
Vió á la ciega fortuna decidida.  
Desmaya roto el áfrico valiente,  
Victoria el pueblo gótico apellida,  
Y en todos lados las lunadas colas  
Póstranse á las banderas españolas.

## XXV

Entónces los intentos infernales,  
Que desde tiempo tanto Opas medita,  
Descubre; y á Vernulfo y sus parciales  
Primero arenga, y contra el Rey excita:  
Después en cuantos guardan los reales,  
El miedo siembra, la codicia irrita;  
Y cuando al robo y la traicion provoca,  
Tu nombre, ¡oh santo Dios! suena en su boca.

## XXVI

«¿Así la sangre goda se prodiga,  
Para que intruso Rey en torpes vicios,  
Manchando el nombre de los godos siga,  
Y cavándole nuevos precipicios?  
Nuevos; pues aunque el triunfo se consiga  
Después de tan costosos sacrificios,  
España queda en brazos de la muerte,  
Africa entera, y ofendida, y fuerte.

## XXVII

»De Dios el brazo sus invictas haces  
Ha conducido de la España al suelo;  
¿Por qué pues demostrarnos pertinaces  
Contra inmutable voluntad del cielo?  
Lograr podemos ventajosas paces,  
Y hacer menor de nuestra patria el duelo,  
A Rodrigo vicioso abandonando  
Y á cuantos siguen su ominoso bando.

## XXVIII

»En medio de tan recios temporales  
Salud busquemos, y aún fortuna nueva:  
Grandes tesoros hay en los reales,  
De la avaricia de Rodrigo prueba.  
Pues sudor vuestro son riquezas tales,  
Y lo propio cobrar nadie reprueba,  
Tomadlas sin tardar, cobradlas luégo,  
Y el campo y valladar consume el fuego.

## XXIX

»Estos soberbios pabellones ardan,  
Contra quien Dios pronuncia el anatema,  
Porque la causa vergonzosa guardan,  
Que nos ha puesto en ocasion extrema.  
Qué?... aún piedad y respeto os acobardan?  
Yo os juro que de Dios la ira suprema  
Ministros de venganza os ha elegido:  
Incendiad este campo corrompido.

## XXX

»Y volemós á unir nuestros pendones  
Con los del conde don Julian: el modo  
Es este de encontrar con las naciones,  
Que al cabo han de vencernos, acomodo.  
Sus fuertes y valientes escuadrones  
No se han movido contra el pueblo godo,  
Sí en ayuda del Conde, á dar castigo  
A los crímenes torpes de Rodrigo.»—

## XXXI

Dijo, y robado el campamento habian  
Las tropas de traidores roto el freno;  
Y en desórden confuso descendian  
A dar auxilio al Conde y Sarraceno;  
Y altas llamas las tiendas consumian,  
Dejando el campo de clamores lleno,  
Cuando empezó á mostrarse la fortuna  
Contraria á los pendones de la luna.

## XXXII

Las huestes vencedoras que escucharon  
A su espalda el rumor y vocería,  
A inesperado ataque imaginaron  
Que nueva gente bárbara venia.  
Tornan, y cuando atónitos miraron  
La llama que su campo consumia,  
Su arrojo triunfador espanto mudo  
Vuélvese, y hielo su ímpetu sañudo.

## XXXIII

Nótanlo los vencidos musulmanos,  
Y aunque temen al ver en la llanura  
Nuevas huestes bajar de los cristianos;  
Como el Conde traidor los asegura,  
Alarido feroz alzan ufanos,  
Recobran luégo su infernal bravura,  
Y mirando á su lado á los traidores,  
Tórnanse de vencidos vencedores (9).

## XXXIV

Ya no fué lid, fué bárbara matanza  
Y exterminio y horror, y completarse  
De las iras celestes la venganza,  
Y el godo imperio en muerte desplomarse.  
Huye de toda Hesperia la esperanza,  
Ni ya de salvacion camino hallarse  
En el valor ó en la constancia puede,  
Que al destino inmutable todo cede.

## XXXV

Aún hay, aún hay, quien en furor ardiendo  
El nombre godo con teson mantiene,  
Y quien muerte á deshonra prefiriendo,  
Todo el poder del Africa contiene.  
Donde Rodrigo asiste, allí el horrendo  
Combate encarnizado se sostiene,  
Mientras que los cobardes torpe muerte  
Hallan, huyendo en vano de la suerte.

## XXXVI

Mas ¿quién es aquel jóven que el primero  
Con tal teson persiste en la batalla,  
Y contra el campo musulman entero  
Se ostenta cual fortísima muralla?...  
Desde el principio del combate fiero  
Turbantes destrozando, hendiendo malla,  
Fué brazo de la muerte, y ahora ufano  
Ultimo apoyo del imperio hispano.

## XXXVII

A un alazan fortísimo embravece,  
Que con feroz aliento el aura inflama:  
Su peto sol en el zenit parece,  
Sus ojos arden con celeste llama:  
Sobre su rico yelmo resplandece  
Claro lucero, que esplendor derrama,  
Y de su invicta espada en la cuchilla  
La hermosa luz de la esperanza brilla.

## XXXVIII

Anhelosa lo sigue á toda parte  
Con ojos que el dolor y el llanto empaña,  
Y sin que de él un punto los aparte,  
La sin ventura moribunda España.  
Tiembla de verle entre el furor de Marte,  
Aunque se goza al admirar su saña;  
A él sólo atiende en tan fatal desmayo:  
¡Ay, que es el gloriosísimo Pelayo!!!

## XXXIX

Salve, hijo de Favila, á quien el cielo  
Destina á restaurar el nombre hispano:  
Hoy es el día de exterminio y duelo,  
Y contrariar no puedes al arcano:  
El de reparacion y el de consuelo  
Brillará, y tu valor no será en vano:  
Guárdate, deja ya la lid perdida;  
Que es de la patria tu preciosa vida.

## XL

Ni de Pelayo la invencible lanza,  
Ni del honrado Ervigio y de los buenos  
El tenaz resistir dan ya esperanza  
De atajar á los bravos sarracenos.  
Espantosa es de godos la matanza,  
De la tierra infeliz los hondos senos  
Empapados en sangre retemblaron,  
Ayes tristes los aires asordaron.

## XLI

A los remotos mares de occidente  
El sol horrorizado descendia;  
En calma estaba el abrasado ambiente,  
Nube cárdena el cielo oscurecia;  
De tarde en tarde lampo refulgente  
El lejano horizonte confundia;  
Bramaba sordo el retumbante trueno,  
De terrores el mundo estaba lleno.

## XLII

La cuadríga del carro del Monarca  
Anhelante no encuentra ya camino  
Sobre tantos despojos de la Parca,  
Que embarazan el eje diamantino.  
En sangre la falcada rueda encharca,  
Y el pesado timon de fuerte pino  
Rompe, y tropieza respirando espuma,  
Y en vano el crudo látigo la abrumba.

## XLIII

El llanto del despecho la faz moja  
Del triste Rey. De la corona rica  
Y del soberbio manto se despoja,  
Salta del carro, y sangre le salpica:  
El cetro, que el Señor le quita, arroja:  
Furioso empuña una fornida pica,  
Monta en caballo que aventaja al viento,  
Y corre al incendiado campamento.

## XLIV

Mas, dónde, dónde va?... ¡Desventurado!  
Vuelve á morir, ¡oh mísero Rodrigo!  
¿No ves que el crudo cielo está cerrado  
A toda compasion para contigo?  
¿Juzgas que algun consuelo te ha dejado,  
Y contra su furor algun abrigo?  
Aún no conoces tu tremenda suerte:  
Sólo un remedio ya te resta, muerte.

## XLV

Cuando ves desplomarse tu alto imperio,  
Y cómo te han vendido los traidores;  
La flor y gloria del distrito hesperio  
Yacer muertas de Marte á los furores;  
Tu patria en espantoso cautiverio,  
Y tu fama entregada á los horrores  
De eterna execracion; ¡juzgas que el hado  
El consuelo de amor te ha conservado?

## XLVI

En su seno la dicha encontrarías  
Al lado de Florinda, en el desierto,  
Sin echar ménos los pasados dias,  
De tosca piel y oscuridad cubierto;  
Y aún dulcísimas horas gozarías,  
Sin temer de Fortuna el rostro incierto;  
Como sueños viniendo á tu memoria  
Vagos recuerdos de tu imperio y gloria.

## XLVII

Vagos recuerdos, que el crisol ardiente  
De recíproco amor purificando,  
El desprecio trajeran á tu mente  
De mundo, hombres, riquezas, gloria y mando;  
Y que un momento aún tu tranquila frente  
De tinta melancólica bañando,  
Te hicieran en el seno de tu hermosa  
Verter alguna lágrima preciosa.

## XLVIII

Del campo el fuego ya casi extinguido,  
Al monarca infeliz fatal señuelo,  
Preside entre fragmentos esparcido  
A las venganzas últimas del cielo,  
Ya han los feroces moros recorrido  
Las cenizas y restos de aquel suelo,  
Y entre troncos y telas abrasadas  
Aun cebado sus bárbaras espadas.

## XLIX

Allí queda ya solo el Conde fiero,  
Que de su horrendo crimen abrumado,  
De la llama al reflejo postrimero  
Las ruinas recorre ensangrentado;  
Y entre tanto cadáver, que el acero  
Y el incendio voraz han destrozado,  
Nuevas de su hija inquiere sin provecho,  
Agotando la copa del despecho.

TOMO I

## L

Tal de tirano vil sombra sangrienta,  
Entre sepulcros que pobló su ira,  
Al lampo aterrador de la tormenta,  
Acaso en la espantosa noche gira.  
Allí del exterminio aún se alimenta,  
Y sangre y rabia aún con furor respira;  
O allí privada del descanso eterno  
Apura los suplicios del infierno.

## LI

Don Julian con ojos centellantes  
Del régio pabellon ve la ruina,  
Y sus muertas cenizas humeantes  
Angustioso revuelve y examina.  
Entre cuerpos ha poco palpitantes,  
Y entre espantables bultos imagina  
Ver el cadáver de una hermosa dama,  
Cuya cabeza consumió la llama.

## LII

Pásmasele la sangre, y confundido  
Sus miembros de sudor inunda helado;  
Y tiembla, y pierde fuerzas y sentido,  
Yerto el cabello, el corazon ahogado.  
Aunque á saber no acierta quién ha sido  
Aquel cuerpo infeliz medio quemado,  
Conmoción horrorosa su alma agita,  
Y gimiendo sobre él se precipita.

## LIII

Hallarse allí con Julian pudiera  
El infeliz Rodrigo, si ya el cielo,  
Ablandado tal vez, no le opusiera  
Piadoso estorbo á su engañado anhelo;  
Pues ya casi en los límites se viera  
De aquel fatal y desastroso suelo,  
Cuando escuadron de infieles sobrevino,  
Que le embiste, atajándole el camino.

## LIV

Aunque incógnito y solo allí se mira,  
Y sin mengua fugarse puede acaso,  
No olvida que fué rey; y ardiendo en ira,  
Trata de abrirse con las armas paso.  
A llegar á sus tiendas sólo aspira,  
Que aún humo esparcen por el aire raso;  
Y al potro acosa con la aguda espuela,  
Alto el escudo, en ristre la arandela.

18

## LV

Mas ¡ay! que es uno, los contrarios ciento,  
Y ni paso ni fuga encontrar puede.  
Revuelve á todos lados con aliento,  
Y en constancia y valor ni un punto cede.  
Aunque su decision y su ardimiento  
Al de un oscuro caballero excede,  
No acierta que combate con Rodrigo,  
Y le cerca y le estrecha el enemigo.

## LVI

Mas como allá en el circo sevillano  
Suele un toro retinto, cuando advierte  
Que la vida salvar intenta en vano,  
Cara vender la inevitable muerte;  
Y embiste audaz al peloton galano  
De hombres y de caballos, de tal suerte  
Que de sangre y despojos la ancha arena,  
Y de terror al gran concurso llena;

## LVII

Fin glorioso el monarca así buscando,  
Vibra y revuelve la nudosa lanza,  
Y potros y jinetes arrollando,  
Muestra hasta dónde su desnudo alcanza.  
Dos, cuatro, seis infieles derribando,  
De los demás enciende la venganza,  
Que armas diversas con furor esgrimen,  
Y le estrechan, le atajan y le oprimen.

## LVIII

Resiste en vano el despechado godo,  
Hasta que aún más que herido, fatigado,  
Pierde el arzon, y en el sangriento lodo  
De fuerzas y sentidos cae privado.  
Así vencido y destrozado todo,  
El bárbaro escuadron apresurado  
De Guadalete las riberas deja,  
Y su hueste á buscar veloz se aleja.

## LIX

Reina silencio grande en aquel llano,  
Do murió la española monarquía,  
Y donde hundido el godo soberano  
En desmayo letárgico yacía.  
El ejército altivo mahometano  
A Híspalis triunfador se dirigía,  
Los restos de la gótica grandeza  
Persiguiendo con hórrida fiereza,

## LX

Ya de la oscura noche el carro lento  
Se acercaba á los mares de occidente,  
Cuando en sí torna y al vital aliento  
El infeliz Rodrigo de repente,  
Porque oye acaso un dolorido acento  
Que conmoviendo el silencioso ambiente,  
Cual débil voz de congijosa dama  
Entre sollozos le despierta y llama.

## LXI

Torna en sí, y recobrando sus sentidos  
Ve una hermosa mujer y un noble anciano,  
Ambos de blancas túnicas vestidos,  
Que lentos cruzan por el aire vano;  
Y sintiendo en el alma hondos latidos,  
Reconoce el semblante soberano  
De su Florinda, en quien delante tiene,  
Y que es Ruben el que con ella viene.

## LXII

Hácia su amor los brazos encamina,  
Y estrecha, ¡ay triste! el vagaroso viento:  
Tiende á Ruben la mano, y blanquecina  
Niebla encuentra, y no más, su amigo intento,  
Pero una y otra sombra allí vecina  
Siempre ve junto á sí, y el sordo acento  
Oye con que una y otra sollozando,  
¡Rodrigo! sin cesar están clamando.

## LXIII

Advierte que al un lado se desvian,  
Y que le llaman. Síguelas ansioso,  
Pues gimiendo parece que porfian  
En sacarle del campo desastroso.  
Por entre los cadáveres le guian,  
Y ya del Guadalete sanguinoso  
Con ellas apartado, llega á un monte,  
Cuando el alba argentaba el horizonte.

## LXIV

La luz disipa el prodigioso encanto:  
Queda Rodrigo solo; y su postrera  
Fortuna, envuelta en misterioso manto  
El cielo quiso que ignorada fuera (10).  
¿Quién podrá descubrirla?... No osa tanto  
Mortal ninguno... Pero no pudiera,  
Amante y rey, en tan horrenda suerte,  
Otra encontrar más grata que la muerte.

Malta, 1826

(1) El arzobispo don Rodrigo en el lib. III, cap. 17, y despues de él la *Crónica general de España* que mandó componer el rey don Alonso el Sabio, refiere así esta aventura en la parte segunda, cap. 55: «En la ciudad de Toledo habia un palacio que estaba siempre cerrado tiempo habia ya de muchos reyes, é tenie muchas cerraduras; é el rey Rodrigo fizol abrir, porque cuidaba que yacie y algun haber en él. Mas cuando el palacio fué abierto, non fallaron en él ninguna cosa, sinon una carta otrosí cerrada, é el rey mandóla abrir, é non fallaron en ella sinon un paño pintado, que estaban en él escriptas letras latinas que decien así: *Cuando aquestas cerraduras serán quebradas, é el palacio é el arca serán abiertos, é los que yacen, lo fueren á ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados, entrarán en España, é la conquistarán é serán ende señores.* E el rey, cuando aquello vió, pesol mucho, porque palacio ficiera abrir, é fizo cerrar el arca é el palacio así como estaba de primero; é en aquel paño estaban pintados homes de caras, é de parescer, é de manera, é de vestidos, así como agora andan los alárabes, é tenien las cabezas cubiertas con tocás, é estaban caballeros en caballos, é los vestidos eran de muchos colores, é tenien en las manos espadas, é señas, é pendones alzados. E los ricos-homes é el rey fueron espantados por aquellas pinturas que así habien visto.»

Uno de nuestros más antiguos romances cuenta este caso del modo siguiente:

Vino gente de Toledo  
Por le haber de suplicar,  
Que á la antigua casa de Hércules  
Quisiese un candado echar,  
Como sus antepasados  
Lo solian costumar.  
El rey no puso el candado,  
Mas todos los fué á quebrar,  
Pensando que gran tesoro  
Hércules debia dejar.  
Entrando dentro en la casa,  
Nada otro fuera hallar,  
Sino letras que decian:  
*Rey has sido por tu mal;*

*Que el rey que esta casa abriere,  
A España tiene quemar.*  
Un cofre de gran riqueza  
Hallaron dentro un pilar,  
Dentro dél nuevas banderas  
Con figuras de espantar:  
Alárabes de caballo  
Sin poderse menear,  
Con espadas á los cuellos,  
Ballestas de bien tirar.  
Don Rodrigo pavoroso  
No curó de más mirar:  
Vino un águila del cielo,  
La casa fuera quemar.

(2) Las primeras octavas del canto tercero fueron escritas á bordo del bergantin inglés *Æschylus* el mes de enero del año 1825, en el Estrecho de Gibraltar, viniendo el autor de Lóndres con objeto de detenerse pocos dias en aquella plaza, y continuar su viaje á Italia.

(3) Taric ben Zeyad hizo la primera entrada ó reconocimiento en la costa de Andalucía, por órden de Muza, en la luna de Ramazan, año 91 de la egira, es decir, en julio de 710; y la segunda, por la punta de Gezira Alhadra, que se llamó despues, en honor suyo, Gebal Taric (Gibraltar) ó monte de Taric, el dia 5 de la luna de Rageb del año 92. Así resulta de las crónicas árabes que recogió Conde en la *Historia de la dominacion de los árabes en España*; pero Mariana dice positivamente que sucedió lo último el año 713 de Jesucristo.

(4) Sabido es que la discordia de Zegrías y Abencerrajes facilitó la conquista de Granada á los Reyes Católicos. Es digna de leerse la relacion poética de las disensiones de estas dos familias, que escribió, con el título de *Guerras civiles de Granada*, Ginés Perez de Hita en dos volúmenes en octavo.

(5) En Córdoba se cuenta una conseja de un cierto moro Abhen-Halí, que dicen se mató por celos de su querida en los jardines del antiguo alcázar, hoy huerta de la Inquisicion. Añaden que está enterrado al pié de un antiquísimo naranjo que allí existe, junto al viejo muro y torreones que por aquella parte dominan al rio.

(6) «Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que ménos cuentan, dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábase ellos alegres y bravos, blasonaban y áun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y áun sin fuerza para sufrir los trabajos é incomodidades de la guerra: la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones.» MARIANA, lib. VI, cap. 23.

No se diferencia mucho lo que sobre el particular cuentan las crónicas de los árabes, las cuales dicen, que llegó Ruderic (Rodrigo) á los campos de Sidonia con un ejército de noventa mil hombres, número cuádruplo del de los musulimes; aunque éstos les llevaban gran ventaja en la disciplina y armas. En la *Historia verdadera del rey D. Rodrigo*, compuesta, á lo que suena, por Abulcacim Tarif Abentarique, se aumenta el número de los árabes haciéndolos subir á *ciento y ochenta mil hombres de á pié y cuarenta mil de á caballo, sin mucha más gente que servía en el ejército de lo necesario*; mientras el de D. Rodrigo es sólo de veintitres mil hombres de á caballo y ciento treinta mil infantes. Cito dicha *Historia* que anda en manos de todos, para hacer ver cuán justamente la calificó Conde de *absurda fábula, publicada por el morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia y su impudente osadía literaria.*

(7) «El rey Rodrigo andaba entónces con su corona de oro en la cabeza, é vestido de paños de peso en un lecho (*Mariana lo llama carro*) de marfil que llevaban dos mulos; ca así era entonces costumbre de andar los reyes de los godos.» *Crónica general*, parte segunda, cap. 55. Las de los árabes dicen tambien, que en la batalla de Guadalete el rey se presentó los primeros dias al combate en un carro bélico, adornado de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos, llevando su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, y con una clámide de púrpura bordada de oro.